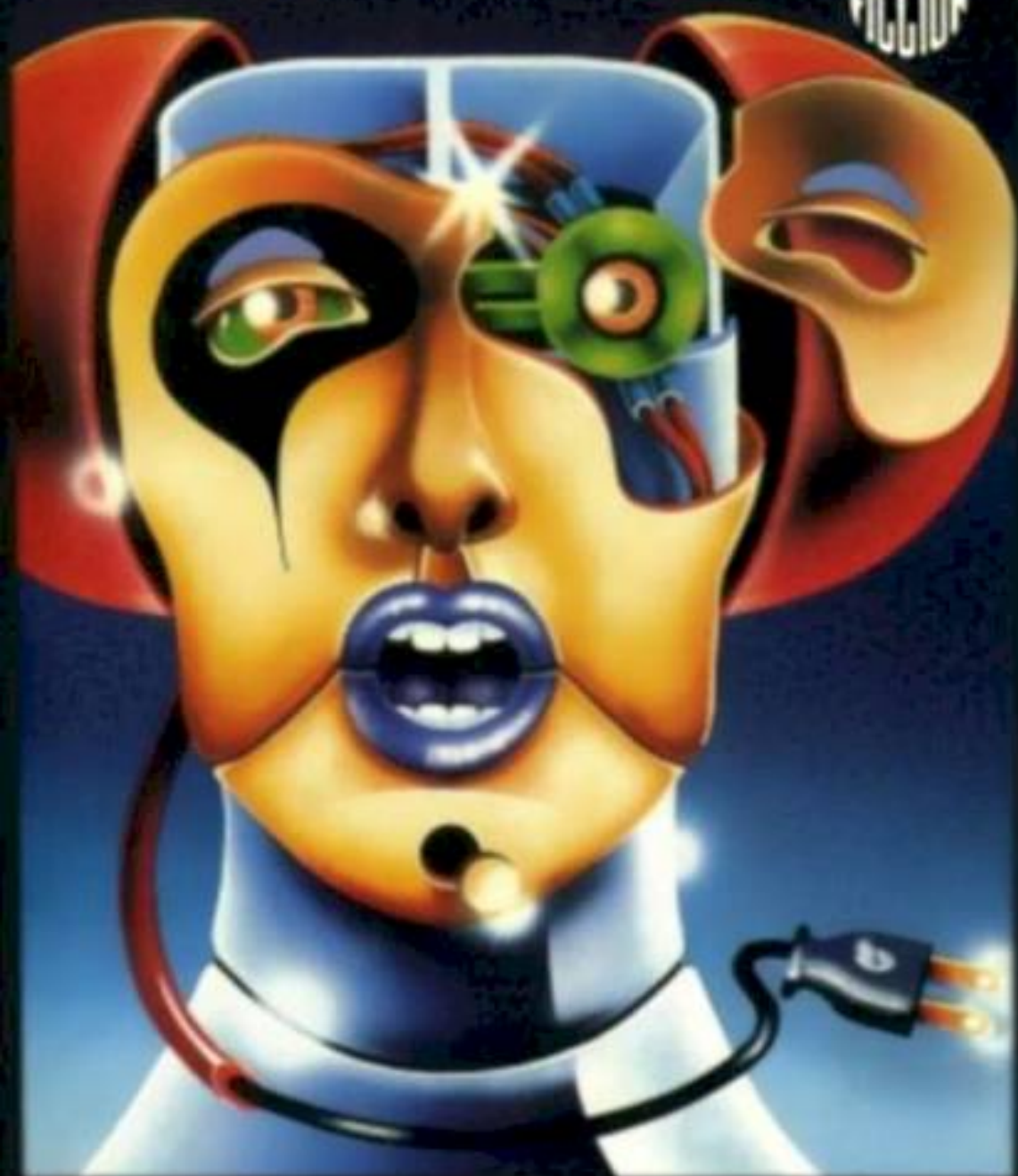


BERNARD GOORDEN

A. E. VAN VOGT

**LO MEJOR DE LA CIENCIA FICCION
LATINOAMERICANA**

**SUPER
FICCION**



A. E. Van Vogt nos dice en el prólogo: «El potencial público lector de ciencia ficción es hoy tan enorme que puedo predecir que algo así como un millón de lectores están preparados y esperando. Quizá no sepan exactamente qué es lo que están preparados y esperando, pero tendrán una idea más clara tras leer esta antología de ciencia ficción latinoamericana».

A San Tewan,
a mis numerosos amigos latinoamericanos
y, más especialmente,
al equipo de la revista Nueva Dimensión.

Prólogo^[1]

En los años sesenta se produjeron dos grandes acontecimientos en el campo de la ciencia ficción.

Uno de ellos pasó casi inadvertido en el mundo anglosajón.

El más visible de los dos fue un fenómeno que al poco tiempo adquirió la denominación de *new wave*, nueva ola. Esencialmente, la *new wave* era un intento de introducir «corazón» en lo que hasta entonces había sido «cabeza». Los sentimientos no reemplazan exactamente al intelecto; dudo si los lectores de ciencia ficción derramaban lágrimas de alegría o tristeza mientras devoraban la nueva ciencia ficción. Pero los autores de la *new wave* lucharon extraordinariamente por conseguir esa respuesta.

Otra forma de describir la *new wave* es que fue un notablemente logrado intento de conseguir la audiencia de un público que normalmente sólo lee literatura general.

Mientras tanto...

En Sudamérica y en algunos países de Europa estaba evolucionando una ciencia ficción distinta, más literaria. Frederik Pohl, que por aquel entonces era director de las revistas *Galaxy* y *Worlds of sf*, supo de este desarrollo y persuadió a sus editores para que publicasen una revista especial dedicada a esa nueva corriente, *International Science Fiction*.

La nueva revista no fue un éxito. Evidentemente, la *new wave* aún constituía por aquel entonces una innovación. La ciencia ficción literaria todavía debería esperar a que los

lectores, acostumbrados a las obras de los *pulps*, escritas por grandes cerebros, se ajustaran a las más sofisticadas obras escritas por grandes corazones.

No obstante, el potencial público lector de ciencia ficción es hoy tan enorme que puedo predecir que algo así como un millón de lectores de ficción de calidad están preparados y esperando. Quizá no sepan exactamente qué es lo que están esperando, pero tendrán una idea más clara tras leer esta antología de ciencia ficción latinoamericana.

Cuando leí su traducción la primera vez, naturalmente cambié de forma automática algunos pasajes a mi propio e inimitable inglés; por consiguiente, tuve que reescribir a máquina toda la obra para ponerla en limpio. Menciono esto porque, como es obvio, en estos casos siempre releo la versión definitiva a fin de corregir posibles errores tipográficos. Y de este modo quedé enormemente sorprendido al comprobar que gozaba mucho más de las historias en su segunda lectura. Había esperado sentirme más bien aburrido. Por el contrario, capté matices y cualidades especiales que se me habían pasado por alto en mi primera lectura.

A consecuencia de ello, me sentí motivado a escribir un breve comentario de mi reacción ante casi cada historia. Helos aquí:

El relato *Primera necesidad* proporciona una desacostumbradamente vivida visión de una destruida ciudad de Nueva York, con pequeñas bandas vagando por ella. Aunque nacido en Uruguay, y viviendo aún en Sudamérica, el autor parece estar muy familiarizado con el centro de Manhattan. El argumento es superficial pero lleno de color. Y su final es realmente sorprendente.

El cambio empieza con una de las mejores frases-señuelo que he leído en los últimos años. La historia que sigue no es sin embargo lo que uno podía haber anticipado. Escrita por una psicoanalista, que ha realizado un estudio sociológico sobre la ciencia ficción, refleja presumiblemente el análisis científico del género hecho por la autora. La en-

contré diferente, y la leí con interés, sin sentirme seguro en ningún momento de adónde me llevaría. Y cuando finalmente llegué allí seguía sin estar seguro de cómo se había realizado el milagro. Cada lector deberá decidir por sí mismo.

Mi opinión acerca de *La oscuridad* es la de que se trata no sólo de una gran historia de ciencia ficción sino también de una gran obra literaria. Constituye el epítome del tipo de ciencia ficción que se está escribiendo en Sudamérica — en este caso en portugués— y casi en todas partes fuera del mundo de habla inglesa; no acción tipo *pulp* sino literatura en su mejor sentido. El autor, André Carneiro, a quien conocí personalmente en 1969 en el II Festival Internacional del Film en Río de Janeiro (siempre recordaré su amabilidad con los autores norteamericanos de ciencia ficción), merece la misma audiencia que un Frank Kafka o un Albert Camus. ¿Cuán grande puede ser literariamente la ciencia ficción? Lean *La oscuridad* y lo descubrirán.

Tras leer atentamente *Caza de conejos* durante un cierto tiempo, maravillándome de la inventiva del autor —pero esperando llegar de un momento a otro a un rápido final—, me pregunté de pronto: ¿cuánto *falta* todavía? Sorprendido e incrédulo, descubrí que apenas había empezado. Faltaba aún un buen montón de páginas. El autor es calificado en su país como «maestro de la fantasía». Realmente, se necesita poseer un tipo muy especial de genio cómico para escribir algo como *Caza de conejos*, y tener una mente muy osada para utilizar una forma de escribir tan distinta de lo que los lectores están acostumbrados. Puesto que su autor afirma que ha sido incapaz de ganarse la vida con sus escritos, podemos especular que habrá perseverado en ser igualmente innovador en sus demás historias, sin preocuparse de las consecuencias.

En *La muerte del poeta* se nos da un atisbo del computarizado futuro de las obras de los escritores y poetas y, presumiblemente, de la ficción en general. Uno puede ver

la justicia de las consecuencias: se acabó el escribir las mismas frases, o historias, o imaginaciones por segunda vez. Lo más importante de la historia es la originalidad y las implicaciones de algo en lo que probablemente no hayamos pensado nunca hasta que a Vanasco se le ocurrió plantearlo.

Si alguien se ha preguntado qué tipo de creatividad se está desarrollando en la Cuba de Castro, *El cosmonauta* intenta sin duda decírnoslo. Puesto que la historia es corta, y está enérgicamente escrita, el mensaje parece ser: es peligroso para los alienígenas de Norteamérica desembarcar en las playas de Cuba; el pueblo cubano tiene buenas intenciones, pero está hambriento; y comerá cualquier cosa.

En la breve presentación de la autora de *Los embriones del violeta*, el seleccionador Bernard Goorden la compara con uno de los grandes de Sudamérica. Sin embargo, una vez leída su inusual historia, me descubrí pensando en un genio norteamericano llamado Donald Barthelme. El estilo y los giros de las frases reflejan las mismas sorprendentes inclinaciones mentales y el mismo brillante uso del lenguaje, caracterizando una historia realmente original contada con habilidad.

O'Henry debe de haberse agitado miles de veces en su tumba, gruñendo ante los innumerables finales sorpresa de segunda categoría que se escriben y que se supone sorprenderán al lector con su inesperado giro. Sin embargo, el autor de *Persistencia* probablemente habrá merecido un asentimiento —y no un gruñido— del Maestro. El final de su realmente corta historia me sorprendió de la mejor manera posible.

Gu ta gutarrak es, para mí, la historia más interesante de toda la antología. Como la mayoría de los norteamericanos, tengo una conciencia extraordinariamente remota del pueblo vasco. Sin embargo, puesto que siempre he sentido interés hacia los temas en cierto modo esotéricos, probablemente sé algo más que la mayoría de la gente. Soy cons-

ciente, por ejemplo, de que la lengua vasca es única, y no tiene parentesco con ninguna otra lengua europea. La docena de frases —aproximadamente— en vasco que figuran en esta historia recuerdan de forma fascinante el siglo diecinueve, cuando los escritores ingleses conocían idiomas extranjeros y salpicaban ese conocimiento a todo lo largo de sus ficciones. Yo he estado haciendo lo mismo recientemente en mis propias historias, debido a que siempre he admirado a esos escritores antiguos. Por otra parte, la visión de la personalidad vasca que la autora nos presenta es el primer estudio caracterológico que he visto relativo a un pueblo que evidentemente es tan único como su lenguaje. El especial humor que lo salpica nos proporciona una visión diferente de un pueblo que la mayoría de la gente conoce sobre todo por la tendencia de sus facciones nacionalistas a atentar contra personalidades políticas y militares del gobierno español, el cual intenta oponerse al derecho natural de cada vasco de elegir su propio gobierno. La autora, una argentina de amplia cultura, parece saber muy bien de qué habla. La suya es sin lugar a dudas una gran historia.

Hugo Correa ha escrito la que constituye probablemente la más emotiva historia de esta recopilación: *Alguien mora en el viento*. La forma de vida alienígena de esta historia, aunque no es vista en ningún momento, posee un impresionante poder, y opera a través de un trascendental sistema moral de castigos y premios. Los primeros son rápidos y mortales. Los segundos también son rápidos, pero su resultado final es una casi divina paz mental. El efecto final es cálidamente emotivo. Mi coantologista parece dar a entender que este escritor fue influenciado por Ray Bradbury en sus primeros tiempos. Lo cual, por supuesto, es de alabar.

Plenipotencia obtiene precisamente toda su potencia de la forma en que es presentado. Pequeños y vividos detalles conducen hasta un momento clave en el que el lector debe efectuar una serie de contribuciones mentales a la historia, la cual posee muchos elementos de la ciencia fic-

ción norteamericana de los años treinta. Tiene al mismo tiempo la fuerza y la debilidad de un evento colosal. Por primera vez, se me ocurrió pensar que Dios debe de llevar una vida muy aburrida.

Si Franz Kafka, Albert Camus, Thomas Mann o W. Somerset Maugham hubieran escrito alguna vez ciencia ficción, éstas habrían sido indudablemente las historias que habrían creado.

A. E. VAN VOGT

Nuevo Mundo, mundos nuevos

Conviene ante todo señalar que, si bien las obras latinoamericanas de SF no son muy numerosas y se trata principalmente de relatos cortos —característica esencial de la literatura en América Latina en general—, presentan incontestablemente un carácter original. Además, sólo analizaremos la producción local no traducida.

Lo que sin duda se puede llamar «escuela argentina de SF» conoció muy temprano sus precursores, grandes clásicos de las letras nacionales, a pesar de que parezca que hayan tratado la SF inconscientemente. Es una novela de E. L. Holmberg, *Viaje maravilloso del señor Nic Nac*, la que inicia hace un siglo los primeros pasos de la SF latinoamericana, y que ya entonces desarrolló el tema de la metempsicosis y de los mundos extraterrestres habitados (1875). En 1879 (Cibernius todavía no había nacido), el mismo autor introduce robots en su novela *Horacio Kalibang o los autómatas*. Habrá que esperar hasta 1906 y la aparición de *Las fuerzas extrañas* de Leopoldo Lugones para encontrarnos de nuevo con relatos de SF, un poco ahogados en una fantasía lujuriosa que ha engendrado la muy impresionante escuela de escritores locales más allá de J. L. Borges. Será entonces Horacio Quiroga, un escritor uruguayo pero que los argentinos consideran como suyo, el que destacará con una larga novela corta, *El hombre artificial* (1910) —en la buena tradición de *Frankenstein*, escrita bajo el seudónimo de S. Frago Lima—, y otras producciones episódicas en sus numerosos libros anteriores a *El más allá* (1935). Incumbirá a Roberto Arlt la creación de una obra tan prolífica co-

mo la de Quiroga entre las dos guerras, y en su obra se mezclan SF, fantasía y psicología, tanto en sus novelas como en sus novelas cortas y hasta en sus obras de teatro, alcanzando una especie de apoteosis en su larga novela corta *Viaje terrible*, de 1941. Aquí acaba la prehistoria de la SF en América Latina, bastante desconocida.

Una de las pocas obras latinoamericanas de SF divulgada en el extranjero será *La invención de Morel* (1940) de Adolfo Bioy Casares. Contrariamente a su amigo Borges, Bioy Casares no desdeñará ulteriormente algunas incursiones en el campo de la SF. Se trata de una historia de amor: refugiado en una isla desierta, un hombre se encuentra de repente rodeado por personajes que no lo oyen y que aparentemente no lo ven. Entre ellos se encuentra una mujer de la que se va a enamorar y escogerá la «inmortalidad»; de hecho, se encuentra observando una serie de vidas registradas en tres dimensiones a través de una máquina — concebida por Morel —, que las grandes mareas ponen en marcha periódicamente. El texto es muy original, y puede ser considerado como la transición de la SF latinoamericana en general hacia su edad de oro, que se manifestará en 1960.

Será la revista argentina *Más allá*, que publicará 48 números mensuales entre 1953 y 1957, la que revelará por fin a los escritores locales de SF a un nivel comercial. Publicó una novela y decenas de novelas cortas de autores argentinos, introduciendo talentos como Héctor Oesterheld y Pablo Capanna, entre otros muchos. Su desaparición, en el momento de su mayor éxito, fue la señal; sus sucesores tomaron el relevo.

Tenemos que abrir un pequeño paréntesis para subrayar la importancia de un estudio de la psicoanalista argentina Marie Langer, *Fantasías eternas a la luz del psicoanálisis*, publicado en 1957.

Por primera vez se estudia la SF bajo el prisma del psicoanálisis, estudiando más detalladamente el «Homo ges-

taltensis» (principalmente en la obra de Sturgeon), y esta literatura del siglo XX adquiere por fin derecho de ciudadanía en los ambientes universitarios americanos en general. No dejemos de señalar *Los robots* (1955) de Juan Jacobo Bajarlia, una obra de teatro que dará a su autor una gran fama pero que sobre todo concederá un lugar privilegiado en el teatro argentino a la SF.

El primer gran clásico de la edad de oro de la SF latinoamericana, que durará de 1959 hasta 1973, es un chileno: Hugo Correa. Se puede considerar que su novela corta *Alguien mora en el viento* y su novela *Los altísimos* (1959) han marcado el inicio de esta edad de oro. La primera se desarrolla en un planeta sometido a vientos violentos y por lo tanto inviable en su superficie para los terrestres. Una joven superviviente de una expedición anterior acoge a bordo en unas esponjas aéreas a los naufragos de una segunda nave. Uno de ellos se enamora de ella pero en pocos días envejece decenas de años, puesto que ha sido condenado por los «extraterrestres», que son corrientes telepáticas. La segunda se desarrolla en una tierra hueca, hipótesis en general cara a los escritores chilenos. Su novela *El que merodea en la lluvia* (1961), llevada al cine, y su amistad con Ray Bradbury contribuyeron a consagrarlo en Estados Unidos.

Asistimos a una especie de baja edad de oro brasileña a principios de los años 60, que sólo se desarrollará en la segunda mitad del decenio en Argentina. Se había perfilado un precursor, Jerónimo Monteiro; cuyas obras —3 meses no século 81 (1947), *A cidade perdida* (1950); después *Fuga para parte alguma* (1961), *Os visitantes do espago* (1963) y *Tangentes da realidade* (1966)— son sobre todo pastiches de los clásicos anglosajones, pero se produjo un auténtico boom tan violento como efímero: decenas de autores se dieron a conocer en las antologías *Antologia brasileira de ficção científica*, *Historia do acontecerá* (1961) y *Alem do tempo e do espago* (1965), destacando sobre to-

do uno de ellos. En efecto, André Carneiro destaca por su humor sabrosísimo y sensible salpicado en sus relatos *Diario da nave perdida* (1963) y *O homem que adivinhava*, que incluyen también unas novelas cortas del género fantástico. Parece que sólo la obra de Menotti del Picchia *A filha do Inca-republica 3000* (1963) haya llamado la atención de los editores del continente europeo, cuando por ejemplo la novela corta de Carneiro *Tinieblas*, que figura en una antología mundial de las mejores novelas del año 1962, inspiró un guión de cine al escritor norteamericano Leo Barrow y fue llevada a la pantalla.

Antes de volver al campo argentino, la pelota se encuentra en Chile con la novela *Los superhombres* (1963) de Antoine Montagne, después da un rodeo por México, donde Alexandro Jodorowski publica sus *Cuentos Pánicos* (1965). El célebre autor cómplice de Arrabal y Topor está realizando un largometraje basado en la obra *Dune* de Frank Herbert^[2].

Por aquella época, podemos hablar de una escuela de SF argentina, puesto que se compondrá de decenas de autores de talento y también allí las antologías efectuarán su labor de desbrozo. Citemos, entre las obras más destacadas, la antología *Ecuación fantástica* (1966), en la que los psicoanalistas se divierten aplicando a la SF sus teorías, ¡empresa realmente original!; las obras *Memorias del futuro* y *Adiós al mañana* (1967), frutos de la colaboración de Eduardo Goligorsky —cuya novela corta *La cicatriz de Venus* trata de un acoplamiento entre un autóctono y un terrestre— y de Alberto Vanasco.

Opus Dos (1967), novela antiracista de política ficción de Angélica Gorodischer; *Plenipotencia* (1967), obra de Emilio Rodríguez, psicoanalista; *Y las estrellas caerán* (1967), relato de Alfredo Julio Grassi; las antologías *Cuentos argentinos de ciencia ficción* (1967), *Los argentinos en la luna* y *Ciencia ficción: nuevos cuentos argentinos* (1968); los libros *Historias de monstruos* (1969), *Fórmula del Antimundo*

(1970) y *El día cero* (1972), de Juan Jacobo Bajarlia, en los que se entremezclan SF y fantasía; los ensayos *El sentido de la SF* (1966) de Pablo Capanna y *Ciencia ficción; realidad y psicoanálisis* (1969) de Eduardo Goligorsky y Marie Langer, que analizan la SF bajo los dos prismas de la sociología y de la psicología; las novelas cortas de Magdalena A. Moujan Otaño, de análisis socio-político y llenas de humor... Además de Buenos Aires, que constituye por aquel entonces la capital de la SF latinoamericana, la ciudad argentina de Rosario es también un centro de intensa creación: revistas como *El lagrimal trifurca* —animada por la dinámica familia Gandolfo (escritores y antólogos, críticos, editores...)—, *Kadath* y *Trafalmadores* surgen allí. También en dicha ciudad, los éxitos de Angélica Gorodischer —*Bajo las jubeas en flor* (1973), *Casta luna electrónica* y *Trafalgar* (1978)— estimulan a los jóvenes talentos como Norma Viti y Gerardo D. López, los cuales dan a conocer la revista española *Nueva Dimensión*, que hará mucho para ayudar a los escritores latinoamericanos de SF y contribuirá hasta cierto punto al estallido de la edad de oro local que sucederá a la española.

Este *rush* de la SF argentina permite a los escritores de otros países latinoamericanos superar los prejuicios de los intelectuales, y estimula el nacimiento de obras de una gran calidad literaria por todo el continente.

En Chile, *Los títeres* (1969) y *Cuando Pilato se opuso* (1971), dos libros de Hugo Correa, compiten con novelas como *Acá del tiempo* (1968) y *No morir* (1971) de Antoine Montagne. Jaime Loperra parece estar aislado en Colombia con su obra *La perorata* (1967).

En Cuba, sin embargo, Jamies parece ir a la par de la zafra de la caña de azúcar. Las obras no llegan al continente europeo —¿o no son publicadas?— más que cuando la coyuntura económica ha sido buena. Sin poder estipular una fecha con precisión, señalemos la aparición a finales de los años 60 de las obras de Ángel Arango: *¿Adónde van los*

cefalomos?, *El planeta negro*, *Robotomaquia*, probablemente libros de novelas cortas y la prestigiosa antología *Cuentos cubanos de lo fantástico y lo extraordinario*, que dio a conocer a unos veinte autores bastante excepcionales, y cuya bibliografía mencionaba una abundante producción en el campo de la SF. Pero los informes sobre este tema son escasos.

En México también se encuentran algunos insignes escritores de SF: María Elvira Bermúdez en sus novelas cortas, Agustín Cortés Gaviño —*Hacia el infinito* (1968)—, Rene Rebetez —*La nueva prehistoria y otros cuentos* (1968), Menen Desleal —*La ilustre familia androide*— y Tomás Mojarero —*Trasterra, una novela*—. En Perú, José B. Adolph ejerce hasta ahora una especie de monopolio con varios libros, editados de 1968 a 1975.

Uruguay merece que nos detengamos: una generación de escritores como Carlos María Federici, Félix Obes Fleurquin (que *Nueva Dimensión* dio a conocer), Carlos Casacuberta y, sobre todo, Mario Levrero, es realmente sorprendente por su atrevida sátira subyacente de la sociedad humana. Federici atestigua la lucha feroz de los clanes, en un mundo posatómico, para poseer un... dentista. Levrero, en sus admirables libros *La máquina de pensar en Gladys* (1966) y *Aguas salobres* (1973), nos pasea por unos laberintos ecológicos; en *Capítulo XXX* describe el modo de reproducción escisíparo de las criaturas extraterrestres, al término de un proceso de simbiosis entre insectos, plantas y humanos.

Concluamos nuestro recorrido por los mundos nuevos que nos ofrece la SF del Nuevo Mundo con Venezuela. La obra de dos escritores merece especial mención: *La salamandra*, una excepcional novela muy larga (1973) de Pedro Berroeta y, por supuesto, los libros *Rajatabla* (1970), galardonado con el premio «Casa de las Américas», y *Abrapalabra* (1977) de Luis Britto García, muy consciente de los pro-